

4

Jesús y María Magdalena

FRANK GONZÁLEZ

“De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que esta ha hecho, para memoria de ella” (Mar. 14:9).

¿Si hoy tuviera que predicar un sermón? Elegiría el texto citado. La historia de María Magdalena será pertinente siempre para todas las épocas. Y su mensaje debemos recordarlo cada día.

Cierto ingenioso autor escribió una novela que ha resultado un éxito de librería. Llegó a los cines de la mano de una película que batió todos los récords de popularidad. Hago referencia a *El Código de Da Vinci*. Uno de los personajes centrales de esta novela es María Magdalena. Millones de personas que jamás se han interesado en ver lo que la Biblia dice acerca de esta mujer, se han amontonado en las salas de cine para ver esta historia imaginaria. En realidad, la historia de María Magdalena es una presentación de las buenas nuevas del evangelio de Jesús, porque él nos ha mandado que contemos su historia por todo el mundo: “De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que esta ha hecho, para memoria de ella” (Mar. 14:9).

¡Pensemos en esta promesa asombrosa de Jesús! Fue a esta María a quien Jesús puso en un pedestal. Desde luego, no con el fin de adorarla

o reverenciarla, sino como un ejemplo de lo que la gracia puede lograr en la vida de alguien que, a pesar de haber caído tan bajo y haber llegado a fracasar miserablemente, fue transformada de tal modo que se convirtió en una cristiana modelo.

¿Quién era esta extraña mujer? ¿Y por qué Jesús la alabó en términos que podrían parecer excesivos? ¿Qué hay en su vida que entusiasma a este grado?

De todos los fracasados que podamos imaginar, ella era lo peor de lo peor, a tal punto, que la Biblia dice que había llegado a estar poseída por “siete demonios”. En otras palabras, era un caso perdido. El diablo la poseía de pies a cabeza (Luc. 8:2).

Pero lo dicho no explica por qué Jesús dijo que su historia debía ser contada en todo lugar donde se predicara el evangelio. Jesús libró a muchas personas de los demonios, pero de ninguno de ellos dijo algo semejante.

Los elementos de la historia están todos en el Nuevo Testamento, y es fascinante seguir todas las pistas, porque nos llevan a un relato sumamente interesante, que muestra lo que Cristo puede hacer en favor de los que no tienen esperanza, tanto a los ojos de los demás como a los suyos propios.

Primera pista: María creció en un suburbio respetable de la ciudad de Jerusalén, llamado Betania. Allí vivía la gente acomodada.

Segunda: El hogar del cual venía estaba muy lejos de ser “disfuncional” o anómalo, porque leemos que su hermana Marta era una respetada maestra culinaria, que organizaba banquetes para gente importante, como su tío Simón, el fariseo. Encontramos estos datos en Juan 12:1 y 2. El mismo texto nos dice que su hermano era un respetado ciudadano de Betania, de nombre Lázaro.

Tercera: Lázaro era prominente, porque en Juan 11:19 leemos que “muchos judíos” habían ido a su funeral, cuando a su muerte fue colocado en un costoso sepulcro. En otras palabras, María debe de haber tenido todas las ventajas necesarias para crecer como una dama feliz y exitosa. En cambio, llegó a estar poseída de esos “siete demonios”, y se hundió cada vez más en el lodo, hasta llegar a no ser nada, y menos que nada. ¿Qué anduvo mal?

Cuarta: Fue víctima de abuso sexual. Al reunir todos los indicios, esta conclusión se hace lógica. No sabemos si fue violada, o si fue seducida a participar voluntariamente en una aventura. Pero quien le arruinó la vida fue un clérigo, un fariseo de los que se creían tan santos que proclamaban su justicia por las calles. Eran los hipócritas a quienes Jesús nos advierte que no imitemos (Mat. 6:2; 23:13). Este hombre supuestamente justo era como algunos clérigos modernos, que se aprovechan de los más vulnerables de la sociedad, como los niños y las mujeres. Más adelante veremos la evidencia que nos permite identificar quién sedujo a María.

Quinta: María se sintió tan avergonzada y devastada por su tragedia, que dejó el hogar y terminó en un lugar llamado Magdala. Allí su vida no significaba nada, desprovista aun de esperanza para el futuro. Como tantas mujeres que han sufrido abusos, se vio carente de respeto propio, sin razones para vivir. Y se sumió en el abismo de la desesperanza. Su caso llegó a ser tan grave, que siete demonios se posesionaron de su mente y su corazón. En lo emocional, no sabía qué hacer. A menudo, cuando un hombre destruye la vida de una mujer, ella nunca puede volver a confiar en ningún varón. Pero en esta ocasión, sucedió algo maravilloso.

Sexta: María conoció a un Hombre distinto a cualquier otro que hubo conocido. Se interesó en ella, pero no en su cuerpo. Este Hombre amó el alma de esta mujer, como dice un antiguo himno inglés escrito por Carlos Wesley. Jesús oró por ella. Renació en su corazón la esperanza. Entre las oscuras nubes aparecieron los rayos del sol, y su corazón volvió a florecer. Por fin comenzó a vislumbrar la posibilidad de convertirse nuevamente en una mujer digna y honorable. Al fin del túnel comenzó a surgir un resplandor de esperanza.

La Biblia dice que Jesús echó fuera de María no uno sino siete demonios. Pero no todos salieron de una sola vez. Fue un caso semejante al del ciego a quien Jesús sanó por etapas (Mar. 8:22-25), acerca del cual dice el relato: "Vino luego a Betsaida; y le trajeron un ciego, y le rogaron que le tocara. Entonces, tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. Él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que

mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos". Después de la primera vez que María fue liberada del diablo, volvió a caer. Y si alguna vez hemos caído, bien sabemos que no hay cosa peor que caer después que uno pensaba estar convertido.

Pero Jesús no la abandonó. Nuevamente oró por ella, una, otra y aun otra vez. Siete veces oyó María el clamor intenso y urgente del Hijo de Dios, que rogaba a su Padre celestial que liberara plenamente a esa alma perdida de la apretada red que el demonio había entretejido a su alrededor.

Por fin, el último demonio fue echado fuera. Después de haber aconsejado durante muchos años a personas con problemas, pienso que ese demonio bien pudo haber sido el profundo resentimiento que María sintió contra el hombre que había arruinado su vida. Cuando, por fin, pudo llegar a perdonarlo, al darse cuenta de que ella no era mejor que él, por ser ambos pecadores, cuando pudo simpatizar con sus debilidades, al darse cuenta de las suyas propias, entonces recibió la libertad.

Séptima: ¿Cómo se siente usted hacia alguien que le ha salvado la vida y rescatado su alma, restaurándole todos los gozos y bendiciones de la vida? Desea agradecerle, ¿no es verdad? María también deseaba proclamar a todo el mundo cuán maravilloso Salvador es Jesús. Pero no podía. No solo por ser mujer le estaba prohibido hablar en público, sino que, para rematar, tenía mala fama y había perdido hasta la última partícula de su buena reputación. "¿Cómo puedo mostrarle mi gratitud?", pensaba.

Entonces recordó un detalle que Jesús había mencionado, pero que los discípulos habían pasado por alto. El Salvador había dicho que iba a morir. Los discípulos apartaron de sí el pensamiento, pero a María no se le escapó ese dato. "Cuando venga el tiempo —pensó—, podré ungir su cuerpo muerto".

Octava: Cuando fue a la tienda del perfumista, la evidencia indica que María no quiso ver ninguno de los productos baratos y comunes que se ofrecían a precios especiales. En cambio, insistió en comprar lo más fino, el perfume reservado para los reyes o gobernantes. Mateo y Marcos dicen que era "de mucho precio". El costo era alto: 300 monedas de plata (ver Mar. 14:5), llamadas denarios, cada una representaba el salario de un obrero por un día completo de dura labor (Mat. 20:2). Por lo tanto, 300

denarios representaban el salario de un obrero ¡por todo un año! El perfumista debe haber quedado asombrado. ¿Cómo podía una mujer pobre gastar así el dinero?

La razón era que María se había propuesto hacer algo especial para Alguien muy especial. Pero tenía que esperar hasta el momento terrible de su muerte, según había dicho varias veces.

Novena: Ahora, la trama de esta historia verdadera y fascinante adquiere un extraño matiz. La presencia del hombre que había arruinado la vida de María se perfila en el escenario del Nuevo Testamento. La versión que ofrece Lucas suple los detalles que faltaban. El relato está en Lucas 7:36 al 50.

El hombre aludido, Simón el fariseo, había caído bajo el peso de su propia culpabilidad. ¡Había arruinado la vida de una mujer! Durante el día, sonreía y bromeaba con sus compañeros fariseos, pero por la noche se sentía miserable. Se sentía como David cuando oraba acerca de su adulterio y asesinato, en el Salmo 32: "De día y de noche se agravó sobre mí tu mano" (vers. 4). Cuando llevamos una carga de culpabilidad durante mucho tiempo, la salud se ve quebrantada. Simón tuvo que abandonar su hogar, sin esperanza, agobiado por lo que parecía ser una maldición divina, una terrible enfermedad que la Biblia llama lepra (Mat. 26:6; Mar. 14:3). Pero también fue bendecido al encontrarse con el mismo Hombre con el que María se encontró. Jesús tuvo compasión de él, y lo sanó plenamente, sin reparos ni condiciones, sin exigirle que confesara que Cristo era el Mesías.

Simón, que era un individuo cortés, también quiso darle gracias, entonces organizó un banquete en honor de Jesús, e invitó también a sus discípulos. Marta, la famosa hostelera, estuvo a cargo de la comida. (Pero Simón no incluyó a María entre los invitados.)

Sin embargo, María oyó acerca de la fiesta, y se le ocurrió una idea brillante: "¿Por qué esperar hasta que Jesús haya muerto para ungir su cadáver?" Tomó, pues, su frasco de perfume "de mucho precio", y entró en la sala del banquete sin invitación. Lucas describe así la dramática escena: "Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con

perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume” (Luc. 7:37, 38).

En su interior, María sentía gratitud: “¡Gracias, Señor, por salvar mi alma!” Fue el acto más bello que jamás realizara un pecador arrepentido. ¿Nos hemos dado cuenta de que no hubo otro hombre desde la creación del mundo al que le lavaran los pies con lágrimas?

Pero en vez de aplaudir, algunos de los circunstantes estallaron en ira. Marcos revela los detalles: “Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella” (Mar. 14:4, 5). Podríamos suponer que Jesús estuvo de acuerdo con los críticos, pero no. Jesús reprendió a los críticos y derramó alabanzas sobre María. Dice Marcos: “Pero Jesús dijo: Dejádla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura” (Mar. 14:6-8). Luego, le hizo la promesa de que, dondequiera que se predicara el evangelio, por todo el mundo, se había de contar esta historia.

¿Por qué? Es que Jesús vio en su acto un reflejo de lo que él estaba a punto de hacer por el mundo entero. En el frasco de alabastro que yacía quebrado en el suelo, Cristo vio un emblema de su propio cuerpo, que pronto sería quebrantado por nosotros. En el perfume “de mucho precio” que corría por el suelo, vio un emblema de su propia sangre preciosa que derramaría por nosotros, y que la mayor parte del mundo despreciaría. Y en la generosidad de María al comprar un perfume tan caro, vio un reflejo de su propia generosidad cuando pagaría con su sangre la redención de la humanidad.

La dama llegó justo a tiempo para escuchar el sermón. Escudriñó con sus ojos el salón, y se le fue el ánimo al piso. Al parecer, no había dónde sentarse. Entonces un diácono amable, que tenía el lugar inventariado, le ofreció dirigirla a un asiento (¡el único desocupado de todo el vasto sitio!). Agradecida, nuestra dama lo ocupó rápidamente. Lo que le ocu-

rrió entonces, la estremeció como nada antes en su vida (me lo contaría después). Justo a su lado estaba “ella”, “esa”, la dama que le había “robado” a su esposo. ¿Qué hacer? ¿Levantarse e irse? Se vería mal. Así que fijó los ojos en el predicador para evitar contacto visual (o de ningún otro tipo) con la “doña aquella”.

“Usted, pastor González, predicaba sobre María Magdalena, Simón el fariseo y Jesús; sobre la necesidad de perdonar, acerca del poder de la gracia de Jesucristo. Al meditar en la cruz de Cristo se fue ensanchando y ablandando mi corazón. Me di cuenta de que yo también era pecadora; que habiendo recibido la gracia de Cristo, ¿cómo podía guardar rencor contra otra pecadora? Entonces me dirigí a la dama que había arruinado mi vida, mi espíritu y mi paz mental, y le dije: ‘Vete en paz, querida, Dios te perdona y yo también’. Ella lloró. Yo también lloré. Y, pastor, regresé a mi hogar inmersa en una paz increíble, difícil de explicar”.

¿Es usted también uno de los que aprecian lo que hizo su Salvador? Si es así, su vida demostrará su fe.



El pastor Frank González es el director y orador del programa radiofónico internacional La Voz de la Esperanza. Como estudioso y expositor destacado de los grandes temas de las Escrituras, ha predicado centenares de sermones en los cinco continentes, y ha escrito varios libros y numerosos artículos. Nacido en Cuba, unió su vida hace 30 años con Evelyn Cameron, con quien tiene tres hijos.

